**¿ES EL OCIO EL NUEVO SAGRADO?**

**Introducción**

Como sabemos el ser humano hace representaciones acerca de su vida y en relación al mundo que lo rodea. En el pasado, por ejemplo, se representó la relación hombre-naturaleza como algo unido y dependiente de la divinidad. En la era moderna se rompió tal representación y se adoptó una que separaba al hombre como sujeto y a la naturaleza como objeto, además de atribuir al hombre la capacidad (y necesidad) de explotar tal naturaleza. Esta nueva significación imaginaria devino en una visión de tipo mecanicista donde el hombre pasaba a ser parte del proceso productivo y su sentido de vida quedó fuertemente vinculado al trabajo. En la hipermodernidad, se han perdido los referentes divino y científico, y es muy probable que el “sagrado” trabajo pierda también su valor de representación e incluso desaparezca, al menos tal como lo conocemos ahora. Primero la automatización y luego la robotización quitaron miles de empleos, y ahora es posible que con la inteligencia artificial otro gran contingente de personas pase a las filas de los desempleados. Queda entonces la interrogante de cuál sería la nueva narrativa o representación que tendría el ser humano en este escenario. ¿Será el ocio el nuevo “sagrado”?. Junto a esta pregunta central, también vienen las preguntas complementarias: ¿qué tipo de ocio se buscará? (cultural, artístico, conocimiento técnico, cuidado del cuerpo, ocio espiritual, entretenimiento, evasión, aburrimiento), y en especial qué consecuencias traería esta nueva significación imaginaria en los tiempos hipermodernos que estamos viviendo.

**Significaciones imaginarias de Trabajo y Ocio a lo largo del tiempo**

Para empezar a desarrollar nuestro tema conviene definir los términos principales, trabajo y ocio, pero no desde el punto de vista etimológico, sino más bien tomando en cuenta los significados que el ser humano le ha dado a lo largo del tiempo. Una primera visión nos muestra que el Hombre siempre se ha mantenido “ocupado” en transformar su naturaleza “exterior”, labor a la que denomina trabajo, y siempre ha disfrutado de momentos a los que denomina “ocio” y que pueden estar vinculados a tareas de entretenimiento, formación o descanso. Como nos señala Santuc: “eso no significa que el hombre en cada momento se haya considerado en conflicto con la naturaleza, ni que haya entendido como ocio los tiempos de no trabajo” (Santuc, 1999, p.97). Pero veamos cronológicamente cómo han evolucionado estas representaciones sobre el ocio y el trabajo.

Por ejemplo, en la sociedad arcaica y en la sociedad agraria, el trabajo y el ocio estaban **integrados**; en el caso de la sociedad arcaica en “… los ritos mediante los que el hombre participa del mundo de los ancestros y del mundo de la naturaleza” (Santuc, 1999, p.98), mientras que en la sociedad agraria, trabajo y ocio se vinculaban mediante los ciclos naturales de las estaciones y los días, las ceremonias o ritos a favor de una buena cosecha acompañan la labor diaria, no siendo nítido el corte entre trabajo-ceremonia-descanso.

Sin embargo, en las sociedades denominadas Antigua, Media y Moderna, trabajo y ocio aparecen claramente **separados**. Para los griegos hay una asignación de actividades en función de las capacidades naturales de cada quien, siendo así que algunos se dedican al cultivo de las tierras o crianza de animales, mientras que otros se dedican al cultivo intelectual o a la actividad militar. Algo similar ocurre en la edad media, donde hay clérigos y militares que oran o combaten, y hay una masa de “pecadores” feligreses que deben trabajar para alcanzar el perdón de sus pecados.

En el mundo moderno, trabajo y ocio aparecen como **opuestos**. El hombre es visto ahora como productor frente a la naturaleza (proveedora de materiales y energía) y el “trabajo productivo se entenderá como forma de sacar más provecho del universo” (Santuc, 1999, p.119). El trabajo se convierte en el nuevo “sagrado” (Weil, como se cita en Santuc, 1999, p. 121), con valores como la eficacia, el éxito y la competitividad, y además como posibilidad de ser “explotado o respetado, integrado o eliminado de las posibilidades de realizarse” (Santuc, 1999, p.121). Trabajar es “existir” socialmente, en tanto que su opuesto, el ocio, es “desaparecer”.

Dice Santuc que, en la hipermodernidad, trabajo y ocio representan más una angustia que una esperanza. El hombre empieza a ser desplazado por las máquinas. Primero fueron sólo los trabajos que requerían fuerza mecánica, luego inteligencia básica (cálculos, rutinas), luego inteligencia predictiva y finalmente una cuasi autonomía (autos sin conductor, procesos productivos autonómos). Es posible entonces que el ser humano que consideraba al trabajo como su “sagrado” ahora se quede también sin tal referente. “El fin del trabajo podría significar una sentencia de muerte para la civilización tal como la hemos conocido. El fin del trabajo podría también señalar el inicio de una gran transformación social, un renacimiento del espíritu humano” (Rifkin, como se cita en Santuc, 1999, pp. 95-96).

En resumen, podemos ver cómo trabajo y ocio han estado vinculados desde el pasado y en la era hipermoderna, aparecen como antagonistas. Al presentarse un alto riesgo de la desaparición del trabajo, y siendo éste un elemento primordial para su sentido de vida, se pone en peligro las bases sobre las que el Hombre ha construido su existencia.

**Una gran masa humana “superflua” en estado de Ocio**

Yuval Noah Harari, uno de los historiadores más leídos de los últimos años, afirma que hay tres acontecimientos que afectan al Hombre en el siglo XXI: “los humanos pierden cada día su utilidad económica, los humanos tienen valor como colectivo (no como individuos), y, sólo algunos humanos seguirán siendo valiosos para el sistema” (Harari, 2015, p 339). Para sustentar tales afirmaciones, el autor introduce el concepto de “gran desconexión”, que describe como una situación en la que las máquinas o los algoritmos van ocupando los espacios laborales del Hombre, desconectándolo y convirtiéndolo en un inútil, económicamente hablando. Así ocurre por ejemplo en cuanto a su capacidad de conducir un auto (paso a paso los autos autónomos van demostrando que tienen menor tasa de accidentes y puede organizarse mejor el tráfico entre máquinas). Igualmente “la capacidad de sostener un martillo o de pulsar un botón se está volviendo menos valiosa” (Harari, 2015, p.341). Lo mismo pasa con los empleados de banca, los agentes de viaje, los corredores de Bolsa y tantos otros tipos de empleo, donde la velocidad y precisión de las máquinas es mejor que la humana. De la misma manera ocurriría en la medicina o el derecho, donde un algoritmo vinculado a una base de datos suficientemente completa tendría mayor precisión que un profesional (revisar mucha data de pacientes, medicamentos y casuística en microsegundos), sin la desventaja de las fallas por cansancio o distracción. Aparte de estos ejemplos, también cita un estudio de la Universidad de Oxford a cargo de los investigadores Carl Benedikt Frey y Michael Osborne: “The future of employment” (Benedikt y otros, 2013), donde se evaluó la probabilidad de que los algoritmos informáticos se queden a cargo de diferentes profesiones, obteniendo resultados muy preocupantes: agentes de seguros 99%, árbitros deportivos 98%, cajeros 97%, chefs 96%, guías de viaje 91%, panaderos 89%, conductores de buses 89%, obreros de construcción 88% y la lista sigue (Harari, 2015, p.357). Esto muestra que objetivamente hay un desplazamiento de los trabajos desde los humanos a los algoritmos.

Respecto a la segunda afirmación, sostiene el autor que los algoritmos conocen más de los individuos que ellos mismos (a través de sus respectivos perfiles en redes sociales, por ejemplo), y no sólo se trata de características específicas sino de predecir su comportamiento ante ciertos estímulos (ejemplo: elecciones en USA con Donald Trump), esto está pasando no sólo en política sino también en medicina, con la utilización de sensores para pacientes con diabetes o yendo más allá con el análisis genético que puede estimar la probabilidad de contraer una cierta enfermedad o algún tipo de cáncer, como fue el caso de Angelina Jolie, quien luego de leer los resultados de su prueba genética decidió hacerse una mastectomía (extirpación de seno). Funciones similares tienen los algoritmos de Google, que son capaces de predecir ciertas enfermedades tomando como información palabras clave de mails o de consultas en su buscador. Así funciona Google Flu Trends. Todo esto, dice el autor, nos lleva al camino de convertir el comportamiento de la especie humana en una enorme red global de data que los algoritmos registran, analizan y utilizan, teniendo el poder de “tomar decisiones” por nosotros, con lo cual el Hombre deviene en colectivo más que en individuo (Harari, 2015, p.371).

Finalmente, respecto a la tercera afirmación, Harari comenta que, en las edades media y moderna, el Hombre necesitaba de una gran masa de personas para ejecutar labores productivas, sin embargo, en el siglo XXI, con el avance de los algoritmos, se prioriza la inteligencia y la creatividad, tema en que sólo algunos pueden desempeñarse adecuadamente. Ya no se requiere la masa, según el autor, se necesita la alta especialización, que puede ser conseguida sólo por un pequeño grupo de humanos que incluso podrían haberse aplicado mejoras “tecnológicas” que le permitan tener capacidades superiores en el plano físico o intelectual. Esta élite de humanos sería la que prevalecería en esta nueva etapa: “mientras que Hitler planeaba crear superhumanos mediante la cría selectiva y la limpieza étnica, el tecnohumanismo espera alcanzar el objetivo con ayuda de la ingeniería genética, la nanotecnología y de interfaces cerebro-ordenador” (Harari, 2015, p.384). Esto conduce a que la humanidad tienda a desagregarse en dos grupos: élite y masa, siendo sólo los primeros los valiosos para el sistema.

Luego de esta visión donde el Hombre es desplazado por los algoritmos, cabe la pregunta de qué hacer con todas las personas desplazadas “cuando los algoritmos sean capaces de enseñar, diagnosticar y diseñar mejor que los humanos, ¿qué haremos?” (Harari, 2015, p.349). Al respecto, conviene citar al filósofo Nick Bostrom (2017), quien introdujo la noción de “riesgo catastrófico global” para referirse a un evento futuro hipotético que pueda degradar el bienestar de la mayoría de la humanidad. Uno de tales eventos podría ser el reemplazo de la humanidad por inteligencia artificial capaz de aprender, elegir y autorreplicarse por robots.

**Posibilidades del ocio como nuevo sagrado**

Manuel Cuenca Cabeza, educador, filósofo y filólogo, especialista en temas de ocio de la Universidad de Deusto, Bilbao, España, señala que “el ocio de masas propio de la segunda mitad del siglo XX ha permitido abandonar la creencia de que el disfrute del ocio era un asunto de minorías y élites” (Cuenca, 2000. p. 189), se trata de un ocio como actividad de disfrute, libre y no vinculado al utilitarismo laboral. Un ocio que puede enfocarse a “la vivencia de valores, al ocio cultural, deportivo, festivo, lúdico, ecológico y solidario” (Cuenca, 2000, p.190). En tal sentido, el ocio deviene en más democrático que el utilitarismo laboral, y tiene diversas formas de expresarse.

Otra característica que señala Cuenca está relacionada con la finalidad del ocio. En los tiempos modernos considerado como una mercancía, pasa en la era hipermoderna a convertirse en un espacio ocupado para actividades personalísimas, un espacio privado, un tiempo para uno mismo, para el enriquecimiento personal, para expresar emociones y estimular los sentidos, así como para fortalecer el cuerpo y el espíritu. Se trata de un “tiempo libre diferente, contrario a la comercialización del placer” (Cuenca, 2000, p.288). En definitiva, se trata de un nuevo Ocio. El Ocio hipermoderno seguiría la misma dirección que marcó en su momento el trabajo, es decir: “satisfacción personal, armonía, equilibrio, empatía, optimismo, creatividad y capacidad de elección” (Cuenca, 2000, p.296), pero redefinido como formador de sentido, como un espacio para el hedonismo, pero también para el desarrollo pleno de sentido de vida.

**Reflexiones finales**

De lo revisado hasta el momento podemos observar que Ocio no es opuesto a trabajo (aunque así se haya representado en la era moderna), que la probable desaparición del trabajo (tal como lo conocemos ahora) no significa la pérdida del sentido de vida del individuo, que la visión de un ser humano dominado por los algoritmos sería una visión puramente económica y no humanista, y que resultaría bastante claro que, ante la sustancial modificación de la actividad laboral, no estaríamos ante la desaparición de la especie humana como sostienen algunos (Nick Bostrom, 2017), sino más bien ante una redefinición de la visión del ser humano y de su sentido de vida, quizá un renacimiento del espíritu humano, como se señaló anteriormente.

Los tipos de Ocio que se pueden vislumbrar están relacionados con la cultura y las humanidades, el cuidado del cuerpo físico y de la paz espiritual. También es posible que este nuevo Ocio se oriente a un enfoque puramente hedonista o evasivo, aunque esta visión escatológica sería poco probable, debido a que perjudica a la propia sociedad. Para ello basta hacer un paralelo con las ideas de Rawls (2000) acerca de la justicia como equidad, donde explica su acuerdo social de mínimos a partir de consensos argumentados, pudiendo esto mismo aplicarse en este caso del análisis de los tipos de Ocio que pueden prevalecer: un acuerdo de mínimos llevaría necesariamente a pensar en dirigir el Ocio hacia asuntos que enriquezcan al ser humano en lugar de desmejorarlo.

En definitiva, en un escenario u otro, el Ocio aparece como muy relevante para esta nueva era hipermoderna, permitiendo que el ser humano le otorgue una nueva significación como orientador de su sentido de vida.

Queda todavía pendiente la pregunta sobre qué otros “sagrados”, alternativos al Ocio, podrían constituirse como las representaciones relevantes del ser humano.

**Bibliografía**

Benedikt, F., Osborne, M., 2013, The future of employment. Recuperado de <https://www.oxfordmartin.ox.ac.uk/publications/the-future-of-employment/#:~:text=According%20to%20their%20estimates%2C%20about,an%20occupation's%20probability%20of%20computerisation>.

Bostrom, N., 2017. No tendremos una segunda oportunidad con la inteligencia artificial. Universidad de Oxford. Recuperado de Diario El País, España <https://elpais.com/retina/2017/12/02/tendencias/1512231406_905237.html>

Cuenca, M. 2000. Ocio humanista. Dimensiones y manifestaciones actuales del ocio. Universidad de Deusto. Bilbao.

Harari, Y. 2015. Capítulo 18, Una revolución permanente. En Sapiens de animales a dioses. Lima. Editorial Debate.

Rawls, J. 2000. La justicia como equidad. Una reformulación. Primera parte Ideas fundamentales, Pp. 23-65. Editorial Paidos. Barcelona

Santuc, V. 1999. Ética y Política ¿qué nos pasa?. Capítulo 3, Trabajo y ocio desde la tradición.